

jantes á los mismos judíos. Sea nuestra fé, animada por la caridad, el testimonio de nuestra gratitud. Vamos ahora, para consolidar en vosotros esta fé, á continuar las pruebas de Religion que empezamos á desenvolver en el anterior discurso.

SEGUNDA PARTE.

Hablábamos ayer, M. A. O., de la existencia de Dios, autor y conservador de todo cuanto tiene sér, é insinuamos que el panteísmo es el mas absurdo de los sistemas que puede inventar la imaginacion del hombre. Yo quiero que vosotros entreis en un edificio construido con todas las reglas del arte y bellísimamente decorado. Necesariamente os parareis delante de los objetos que mas llamen vuestra atencion y os detendreis en su contemplacion. Pues bien: si cuando estais en lo mejor de vuestras observaciones, se acercara á vosotros un hombre que os hablase de este modo: «Este edificio no ha sido por nadie construido ni embellecido: se ha hecho por sí solo;» ¿no es verdad que asomaria la risa á vuestros lábios y que mirariais con compasion á aquel hombre, creyéndole en estado de demencia? Pues bien: ved aquí el sistema del panteísmo. No cree en Dios omnipotente, pero cree en la naturaleza omnipotente. Luego si la naturaleza es Dios, no ha sido criada. ¿Veis esos astros brillantes que arrebatan nuestra atencion y adornan la bóveda celeste? ¿Veis esos dilatados mares, los elevados montes, los collados y los prados cubiertos de odoríferas flores? Todo eso que es la naturaleza, ha sido hecho por sí mismo: todo se ha dado el sér.

Parece increíble que personas dotadas de sana razon caigan en semejantes aberraciones.

Felizmente nosotros creemos, no en la naturaleza Dios, sino en un Dios autor de la naturaleza. Creemos en ese Dios que el pobre llama en su ayuda, que invoca el moribundo, que teme el protervo y que bendice el hombre honrado, ora se encuentre en el apogeo de la fortuna, ora se vea sumergido en el abismo de la miseria. *Credo in unum Deum.* ¿Encontramos acaso en la naturaleza algun carácter de un sér sin causa, de un sér que existe por sí mismo? No: en ella no hay libertad absoluta: todo obedece á una ley: la piedra arrojada al aire busca su centro y allí permanece sino la mueve la mano del hombre ó es arrojada por un viento impetuoso. «El universo, dice hablando de esta materia Lacordaire, es un esclavo: da vueltas en un círculo donde no aparece nunca la espontaneidad..» Y el hombre mismo, el hombre, único sér en quien aparece sobre la tierra esa libertad cuyas huellas se buscarán en vano en todos los demas, ¿es acaso soberano? ¿Nace á la hora marcada por él? ¿Muere á la hora designada por él? ¿Puede emanciparse de todo aquello que limita y mata su existencia? Tiene como la naturaleza de que hace parte su grandeza tambien, pero una grandeza que no basta á encubrir su enfermedad y la revela. Se asemeja á aquellos reyes que seguian al triunfador al Capitolio, cuya humillacion crecia en proporcion á los restos de su misma grandeza. Asi es que el espectáculo de la naturaleza produce á la vez dos sentimientos: la admiracion y la piedad. Y ambos, prestándose mutuamente su fuerza, al fin nos llevan al conocimiento de la vanidad de la naturaleza y al deseo de conocer á su

autor. Tal es el lenguaje de los mudos, tal es su eterna elocuencia, tal es el grito de su conciencia, si tal nombre puede darse á la fuerza que les obliga á hablar en favor del que es mas grande que ellos, y á repetir por medio de los ecos de todos los tiempos y todos los lugares el cántico de la criatura al Criador. *Non nobis, Domine, non nobis sed nomine tui gloriam.* No á nosotros, Señor, no á nosotros la gloria sino á tu nombre. Sí, mundos sagrados que rodais sobre nuestras cabezas, astros brillantes y llenos de alegría que seguís vuestro curso sostenidos por la mano del Altísimo, islas afortunadas que trazais vuestras riberas en el océano del cielo, sí, vosotros no habeis dicho jamás mentira al hombre (1).

No puede refutarse mas elocuentemente la idea del panteísmo que lo hace como habeis visto, el sábio dominico que hace pocos años arrebatava las atenciones de los sábios en París, y con cuya muerte ha sufrido una pérdida de consideracion la oratoria sagrada. Existe un Dios Omnipotente, autor y conservador de cuanto tiene sér. Si vivimos, si nos movemos, si somos, á él se lo debemos. Si las nubes nos favorecen con su benéfico rocío, si el campo produce deliciosos frutos para nuestro alimento, si el sol nos acalora y vivifica con el influjo de sus astros, todo es obra de su poder, de su sabiduría y de su amor para con las criaturas. Si el mundo gira en un movimiento constante y uniforme, si las estaciones se suceden, todo es efecto de su Providencia: si el relámpago nos deslumbra y nos aturde el trueno, si los mares se alborotan y levantan á veces espumosas olas como montañas, si

(1) P. Lacordaire. Sermones pronunciados en Nuestra Señora de París, año 1833. Sermon XLV.

arreciendo y desencadenándose los vientos, arrancan de raiz los mas corpulentos árboles y destruyen los mas fuertes edificios, todo es obra de Dios que se sirve de los elementos para que sean instrumentos de su bondad ó de su justicia.

Ahora bien: ¿cuáles son las dos obras especiales de Dios, que forman, digámoslo así, como los dos ejes en que se apoya y sostiene todo lo criado? Son Jesucristo Hijo de Dios y María, María Madre de Dios. Jesucristo que nos rescató con su preciosa sangre, y María, esa Virgen Purísima que tan crueles tormentos padeció en su corazón al lado de la divina Víctima del Gólgottha, y en cuyo obsequio nos venimos reuniendo estos dias en este lugar santo.

¿Y quién es Jesucristo? ¿quién es ese á quien la calumnia judáica persigue sin trégua ni descanso, que es colmado de injurias, acusado aunque inocente en los tribunales y sentenciado á morir cual un malhechor en medio de dos ladrones? ¿Quién es ese cuya crucifixion ha sido en esta tarde objeto de nuestra contemplacion? Necesario es, mis hermanos, que dejemos la tierra por un momento, que nos elevemos sobre los tiempos, y que con el Evangelista amado penetremos hasta el seno del Sér infinito. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios... Todas las cosas fueron hechas por El y nada se hizo sin El. En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres: era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, como Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1).»

(1) Joan. cap. I, v. 1 et seq.

Sabemos ya quién es Jesucristo: le conocemos, y porque sabemos quién es, y porque le conocemos le amamos. ¿A qué vino al mundo? A restaurar todas las cosas en los cielos y en la tierra, como dice San Pablo (1). Siendo un Dios omnipotente, siendo el dueño del cielo y de la tierra, lleno de poder, de grandeza, de sabiduría; siendo el autor de cuanto tiene sér, dominándolo todo desde la altura de los cielos, donde los coros angélicos le rodean entonando en su loor himnos de bendición en reconocimiento de su poder y absoluta soberanía, se reviste de nuestra naturaleza, se hace como uno de nosotros, para que nosotros veamos su gloria, como Unigénito del Padre.

Dios había ofrecido á Abraham que en su descendencia serian benditos todos los pueblos, todas las generaciones de la tierra (2). ¿Y podrían ser benditos todos los pueblos en un solo hombre, mucho mas cuando todos traen grabada en su frente la señal de su desgracia? Ved aquí el por qué las esperanzas del mundo en un libertador enviado de Dios, en uno que fuera mas que hombre, en un Dios-hombre, que sin dejar de ser Dios, fuese segun la carne hijo de Abraham. Este es Jesucristo, cuya venida al mundo es repetidas veces anunciada por los profetas. Aquel á quien Isaías le dá los nombres de Dios, Admirable, Fuerte, Príncipe de Eterna Paz, Padre del siglo futuro (3). Pues bien, señores; en Jesucristo se reasumen todas las esperanzas de la humanidad. El realiza todo lo que esperaron los antiguos patriarcas: vino á

(1) Ad. Ephes. v. 9 y 10.

(2) Gén. XXII v. 18.

(3) Isaías. cap. IX. v. 6.

los suyos, y los suyos no le recibieron (1). Manifiesta su divinidad con asombrosos prodigios, y el pueblo ingrato, que sin cesar suplicaba al cielo que lloviese al justo y á la tierra que brotase al Salvador (2), se niega á reconocerle como verdadero Mesías, le persigue, concibe contra El un ódio implacable y le quita la vida en el patíbulo de los criminales. De este modo se realizan en Jesucristo todas las profecías, y el hombre recibe la salud.

Ahora bien, mis amadísimos hermanos: ¿resplandecieron en Jesucristo todos los caracteres que debían adornar al verdadero Mesías libertador de la raza culpable? ¿Se realizaron en su persona todos los símbolos, vaticinios y profecías consignadas en las páginas del Antiguo testamento, de ese libro de oro, conservado con tanto cuidado y venerado por el pueblo judío? Esto será objeto de nuestro exámen en el siguiente discurso, en el que veremos demostrado como Jesucristo fué el verdadero Mesías, enviado por Dios su Padre, y que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo.

Tan solamente por escitar vuestra gratitud, os preguntaré para concluir: ¿Qué hubiera sido de nosotros, si Dios no se hubiese compadecido de nuestra miseria, y no nos hubiese ofrecido el remedio en el mismo lugar donde se cometió la transgresion al primer precepto? ¿Qué hubiese sido de nosotros si Jesucristo no hubiese aceptado el revestirse de nuestra naturaleza para padecer en ella, y abrirnos con su muerte las puertas de los cielos? Hubiésemos quedado para siempre desheredados del cielo y esclavos del

(1) Joan. cap. I.

(2) Ibid. cap. XLV. v. 8.

demonio. Pues bien, en prueba de amor y de agradecimiento, acerquémonos á Jesucristo, adorémosle, abrámosle nuestro corazon, vivamos de su vida, alimentándonos en su sagrada mesa: bendigamos tambien á su bendita Madre y Madre tambien nuestra, que tanto padeció por nuestro amor, y aceptando Jesucristo nuestros afectos y nuestra verdadera piedad, nos concederá su gracia, con la cual nos hará felices en el tiempo y mas felices en la eternidad. *Amen.*

SERMON

PARA EL TERCER DIA DE NOVENA.

Mulier, ecce filius tuus..... Ecce mater tua.

Mujer, hé ahí á tu hijo..... Ahí tienes á tu madre.

Joan. cap. XIX, v. 26 y 27.

En el momento mismo que Jesucristo pendia del madero de la Cruz, y consumaba la grande obra de la Redencion humana, se sentia en el templo el bullicio y el sonido de las trompetas que celebraban la inmolacion del cordero Pascual. ¡Sinagoga infeliz!. De nada sirven ya tus sacrificios. Hijos de Israel, vosotros formabais la heredad predilecta del Dios de Jacob, que á través de los tiempos os ha venido haciendo objeto de su especial predileccion: de entre vosotros suscitó los profetas que por espacio de muchos siglos vinieron sosteniendo con sus vaticinios la esperanza de los mortales: á vosotros os hizo depositarios de sus promesas: pero si un dia os ordenó ofrecerle sacrificios diciéndoos: «Inmoladme las víctimas en el Templo que he escogido.» Hoy os dice: «No me agradan ya vuestras víctimas y holocaustos.» ¿Qué ha sucedido? ¿Quién ha podido trocar la predileccion del Eterno en